

JENNIFER L. ARMENTROUT

**CUIDADO
NO MIRES ATRÁS**

Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL

MAEVA  young

*Dedicado a todos los lectores y bloggers,
grandes y pequeños, nuevos y viejos*

1

No reconocí el nombre del letrero. Nada en aquella carretera rural resultaba familiar ni acogedor. Frente a la casa medio en ruinas, las malas hierbas infestaban el jardín entre árboles grandes, majestuosos. Las ventanas estaban cerradas con tablones. No había puerta, solo un hueco. Con un escalofrío, deseé estar lejos de... donde estuviera.

Caminaba con más dificultad de lo normal. Tropecé en el pavimento frío, y una piedra afilada me arrancó un gesto de dolor cuando se clavó en la planta de mi pie.

¿Mi pie descalzo?

Cuando me paré a mirar vi, entre el polvo, restos de pintaúñas rosa descascarillado y... sangre. Mis pantalones estaban tan embarrados que los bajos se habían quedado tiesos; lógico, teniendo en cuenta que iba descalza, pero ¿y la sangre? No entendía que hubiera manchas de sangre en las rodillas de los vaqueros.

Mi vista se nubló, como si me hubieran puesto una gasa gris delante de los ojos. Mientras miraba el asfalto gastado debajo de mis pies, las piedrecitas dieron paso a otras piedras más grandes y redondeadas. Por las grietas se filtraba algo oscuro, aceitoso.

Di un respingo y parpadeé. La imagen desapareció.

Levanté unas manos temblorosas, llenas de barro y arañazos. Tenía las uñas rotas y ensangrentadas. En el pulgar había un anillo plateado con una costra de suciedad. Las mangas desgarradas del jersey dejaban a la vista moratones y cortes en una piel muy clara. Mis piernas empezaron a flojear. Caminaba dando tumbos. Intenté acordarme de lo que había pasado, pero tenía la cabeza vacía. Un hueco negro donde no existía nada.

Pasó un coche que frenó hasta detenerse a pocos metros. En las trincheras de mi subconsciente reconocí, en los intermitentes de color rojo y azul, una fuente de seguridad. Por el lado negro y gris del coche patrulla se sucedían unas letras elegantes que formaban las palabras DEPARTAMENTO DEL SHERIFF DEL CONDADO DE ADAMS.

¿Condado de Adams? Tuve una fugaz sensación de familiaridad.

Se abrió la puerta del conductor y bajó un policía, que dijo algo por el transmisor que llevaba en el hombro. Me miró.

–Señorita... –Empezó a rodear el coche con cautela. Parecía muy joven para ser policía. Por alguna razón, no me resultó normal que un chico recién salido del instituto fuera armado. ¿Y yo? ¿Iba al instituto? No lo sabía—. Hemos recibido una llamada sobre usted –dijo amablemente—. ¿Se encuentra bien?

Intenté contestar, pero apenas conseguí emitir un sonido ronco. Después carraspeé, e hice una mueca al sentir un escozor en la garganta.

–No... no sé.

–Bueno. –El policía se acercó enseñando las manos, como si yo fuera un cervatillo a punto de salir corriendo–.

Soy el agente Rhode y he venido a ayudarla. ¿Sabe qué hace aquí?

–No.

Se me hizo un nudo en el estómago. Ni siquiera sabía dónde era «aquí». Su sonrisa se volvió más forzada.

–¿Cómo se llama?

¿Que cómo me llamaba? Todo el mundo sabe cómo se llama. Sin embargo, me quedé mirando al policía sin ser capaz de responder. Mientras tanto, el nudo crecía.

–No... no lo sé.

El agente parpadeó. La sonrisa había desaparecido.

–¿No recuerda nada?

Lo intenté de nuevo, concentrándome en el vacío que notaba entre las orejas. Lo sentía así, como un vacío. E intuía que no era nada bueno. Mis ojos empezaron a empañarse.

–Tranquila, señorita. Cuidaremos de usted. –Tendió la mano y la cerró suavemente alrededor de mi brazo–. Todo se arreglará.

El agente Rhode me acompañó a la parte trasera del vehículo. Yo no quería estar al otro lado del cristal. Sabía que era algo negativo. Al otro lado del cristal de los coches patrulla solo se sentaban los malos. Quise protestar, pero él no me dio tiempo; me ayudó a sentarme y me abrigó los hombros con una manta áspera.

Antes de encerrarme en la parte mala del coche, se puso de rodillas y sonrió para tranquilizarme.

–Todo irá bien.

Yo sabía que no era verdad; lo decía solo para consolarme, pero no sirvió de nada. ¿Cómo podía ir todo bien si yo ni siquiera conocía mi propio nombre?

No sabía mi nombre, pero sí una cosa: odiaba los hospitales. Eran fríos, inútiles. Olían a desinfectante y a desesperación. El agente Rhode se fue en cuanto los médicos empezaron a hacerme pruebas. Me examinaron las pupilas, me hicieron radiografías y me tomaron una muestra de sangre. También vendaron un lado de mi cabeza y limpiaron las heridas, que eran muchas. Me dejaron en una habitación para mí sola, con un gotero que metía en mi cuerpo «fluidos que te ayudarán a encontrarte mejor».

Al final entró una enfermera con un carrito de instrumentos que no presagiaban nada bueno y una cámara. ¿Por qué una cámara?

Sin decir palabra metió mi ropa en una bolsa después de darme una bata de hospital que raspaba. Me miraba sonriendo, como el policía, con una sonrisa falsa, estudiada.

Descubrí que no me gustaba aquel tipo de sonrisas. Me ponía los pelos de punta.

–Debemos hacerte algunas pruebas más mientras esperamos las radiografías, cariño –dijo. Luego me empujó los hombros suavemente hacia el duro colchón–. También tendremos que fotografiar tus heridas.

Fijé la vista en el techo blanco. Me costaba llenar los pulmones de aire. Aún fue peor cuando me hizo deslizarme hacia el borde de la mesa. Me sorprendió pasar tanta vergüenza. Qué violento es esto, pensé. Se me cortó la respiración. No era una idea de ahora, sino de antes de... ¿de qué?

–Relájate, cariño. –La enfermera se quedó de pie al lado del carrito–. La Policía se ha puesto en contacto con los otros condados de la zona por si se ha denunciado alguna desaparición. Pronto encontrarán a tu familia.

Entonces levantó algo largo y fino que reflejó una luz intensa, impersonal.

Después de unos minutos me corrían lágrimas por las mejillas. La enfermera parecía acostumbrada, dado que iba a lo suyo y se marchó sin decir nada. Me acurruqué bajo la manta fina, con las rodillas contra el pecho, y me quedé así, pensando en nada, hasta que me dormí.

Soñé que me caía, una caída interminable y repetida a través de la oscuridad. Se oían gritos, sonidos estridentes que erizaban el vello de mi cuerpo. Después, algo suave y adormecedor que me tranquilizó.

La mañana siguiente, cuando desperté, decidí empezar por lo más básico. ¿Cómo me llamaba? Tenía que tener un nombre. Sin embargo, no encontré nada a lo que aferrarme. Me puse de espaldas y solté un gritito cuando sentí el tirón de la vía en la mano. A mi lado había un vaso de plástico con agua. Me incorporé despacio y lo levanté. Tembló y se derramó en mi mano, mojando la manta.

Agua. Algo relacionado con el agua. Un agua oscura y aceitosa.

En ese momento se abrió la puerta y reapareció la enfermera con el mismo médico que me había examinado la noche anterior. Me caía bien. Su sonrisa era sincera y paternal.

—¿Te acuerdas de mi nombre? —A pesar de la falta de respuesta inmediata, su sonrisa no cambió—. Soy el doctor Weston. Solo quiero hacerte unas preguntas.

Me hizo las mismas que todos los demás. ¿Cómo me llamaba? ¿Sabía cómo había llegado a la carretera, o qué había estado haciendo antes de que apareciese el policía? La respuesta era siempre la misma: no.

Después, para variar, pasó a otros temas y entonces sí que pude contestar.

–¿Has leído *Matar a un ruiseñor*?

Mis labios, resecos, se agrietaron al sonreír. ¡Sabía la respuesta!

–Sí, va de la injusticia racial y de varias maneras de ser valiente.

–Muy bien –asintió el doctor Weston–. ¿Sabes en qué año estamos?

Arqueeé una ceja.

–En 2014.

–¿Y en qué mes?

–En marzo. –Me humedecí los labios. Empezaba a ponerme nerviosa–. Pero no sé el día.

–Hoy es 12 de marzo, miércoles. ¿Cuál es el último día del que te acuerdas?

Toqueteé el borde de la manta.

–¿Del martes? –contesté por decir algo. Los labios del doctor Weston volvieron a curvarse en una sonrisa.

–Tiene que ser más tiempo. Cuando te trajeron estas bas deshidratada. ¿Volvemos a intentarlo?

Por mí perfecto, pero ¿para qué?

–No lo sé.

Me preguntó algunas cosas más. Cuando llegó un auxiliar con la comida, descubrí que odiaba el puré de patata. Arrastrando el gotero como si fuera una maleta, me acerqué al espejo del cuarto de baño y contemplé a una desconocida.

Era la primera vez que veía su cara.

Y, sin embargo, era la mía. Me aproximé para inspeccionar el reflejo. Pelo cobrizo, apelmazado, alrededor de una barbilla un tanto puntiaguda. Tenía los pómulos marcados,

y los ojos eran una mezcla de marrón y verde. Mi nariz era pequeña. Supuse que sin el cardenal que arrancaba del principio del pelo y se extendía por todo el ojo derecho habría sido guapa. En la piel de la barbilla había muchas raspaduras, como una mancha gigante de frambuesa.

Me aparté del lavabo y regresé con mi gotero a la pequeña habitación. Cuando me disponía a meterme de nuevo en la cama, oí unas voces al otro lado de la puerta cerrada.

–¿Cómo que no se acuerda de nada? –inquirió una voz aguda de mujer.

–Sufre una conmoción cerebral compleja que ha afectado a su memoria –explicó pacientemente el doctor Weston–. En principio debería recuperarla, pero...

–Pero ¿qué, doctor? –preguntó un hombre.

Su voz, desconocida, hizo que de la turbia maraña de mis pensamientos saliera flotando una conversación, como un programa de televisión que se oye desde lejos pero no se ve: «La verdad, preferiría que no la vieras tanto. Es una chica muy problemática. No me gusta tu actitud cuando estás con ella».

Era la misma voz de tenor, la del hombre de fuera, pero no la reconocí. Tampoco logré relacionarla con nada más.

–La pérdida de memoria podría ser permanente. Son casos bastante imprevisibles. De momento no lo sabemos. –El doctor Weston carraspeó–. La buena noticia es que las demás heridas son superficiales. Y por lo que sabemos de las pruebas adicionales, no parece que se haya producido ningún tipo de agresión.

–¡Dios mío! –exclamó la mujer–. ¿Una agresión? ¿En el sentido de...?

–Joanna, el doctor ha dicho que no la han agredido. Cálmate.

–Tengo derecho a estar angustiada –replicó la mujer–. Ha estado cuatro días desaparecida, Steven.

–La Policía del condado la encontró en el límite de la Reserva Forestal Michaux. –El doctor Weston hizo una pausa–. ¿Saben qué hacía allí?

–Es donde tenemos nuestra segunda residencia, aunque está cerrada desde septiembre. Hemos ido a mirar. ¿Verdad, Steven?

–Pero ella está bien, ¿no? –preguntó el hombre–. El único problema es su memoria.

–Sí, pero no es una simple amnesia –dijo el doctor.

Me aparté de la puerta y me metí en la cama. Mi corazón volvía a latir con mucha fuerza. ¿Quiénes eran? ¿Por qué habían venido? Me subí la manta hasta los hombros, mientras oía fragmentos de lo que decía el doctor. Algo sobre un *shock* extremo combinado con deshidratación y conmoción cerebral, una tormenta médica perfecta en la que mi cerebro se había dissociado de mi identidad personal. Sonaba complicado.

–No lo entiendo –oí que decía la mujer.

–Es como escribir algo en el ordenador, guardarlo en un archivo y luego olvidar en qué carpeta está –explicó el médico–. El archivo existe, pero hay que encontrarlo. No es que haya perdido sus recuerdos personales; están en su cabeza, pero no puede acceder a ellos. Y es posible que nunca los encuentre.

Me eché hacia atrás, consternada. ¿Dónde había guardado el archivo?

Justo después se abrió la puerta y me encogí cuando una mujer, una auténtica fuerza de la naturaleza, irrumpió

en la habitación. Era pelirroja, con un moño elegante que dejaba a la vista un rostro anguloso pero bello.

Se quedó muy quieta, deslizando la vista por mi cuerpo.

–Oh, Samantha...

La observé, indiferente al nombre. Después miré al doctor, que me hizo un gesto tranquilizador con la cabeza. Sa-man-tha... No, nada.

La mujer se acercó. Sus pantalones de lino y su blusa blanca no tenían una sola arruga. De sus finas muñecas colgaban pulseras de oro. Me estrechó entre sus brazos. Olía a fresa.

–Mi niña –dijo mientras me alisaba el pelo con la mano y me miraba a los ojos–. Pero qué contenta estoy de que no te haya pasado nada.

Me aparté, pegando los brazos al cuerpo. Ella miró por encima del hombro. Su acompañante estaba pálido y parecía muy afectado. Tenía el pelo oscuro, completamente revuelto, unas facciones agradables y barba de varios días. En comparación con ella, su aspecto era un verdadero desastre. Lo observé fijamente hasta que apartó la vista, pasándose una mano temblorosa por el pelo.

El doctor Weston se acercó a la cama.

–Esta es Joanna Franco, tu madre, y este Steven Franco, tu padre.

Empecé a sentir una opresión en mi pecho.

–¿Me... me llamo Samantha?

–Sí –contestó la mujer–, Samantha Jo Franco.

¿Mi segundo nombre era Jo? ¿De verdad? Miré a los dos intrusos. Después respiré hondo, pero el aire se me atragantó.

Joanna –mi madre, o quien fuera– se tapó la boca a la vez que miraba a aquel desastre de hombre que por lo visto era mi padre. Después se dirigió a mí.

–¿De verdad que no nos reconoces?

Sacudí la cabeza.

–No..., lo siento.

La mujer se irguió y se apartó de la cama, mirando al doctor Weston.

–¿Cómo es posible que no nos reconozca?

–Señora Franco, dele un poco de tiempo. –El doctor se dirigió a mí–. Estás mejorando mucho.

Yo no estaba tan segura. Se giró otra vez hacia ellos, mis padres.

–Queremos tenerla un día más en observación. De momento necesita descansar mucho y que la tranquilicen.

Volví a mirar al hombre, que no me quitaba la vista de encima. Estaba como aturdido. Mi padre. Papá. Un absoluto extraño.

–¿Usted cree que podría ser permanente? ¿Lo dice en serio? –preguntó, frotándose la mano en la barbilla.

–Aún es pronto para saberlo –respondió el doctor Weston–, pero teniendo en cuenta que es una persona joven, y que goza de buena salud, el pronóstico es muy bueno. –Se paró de camino a la puerta–. No olviden que necesita mucha calma.

Mi madre se volvió de nuevo hacia la cama e hizo un esfuerzo visible de compostura cuando se sentó en el borde y agarró mi mano. La giró y me rozó la muñeca con los dedos.

–Recuerdo la única vez que te llevamos al hospital. Tenías diez años. ¿Ves esto?

Me miré la muñeca. Había una ligera cicatriz blanca debajo de la palma. Hasta entonces no me había dado cuenta.

–Te rompiste la muñeca en clase de gimnasia. –Tragó saliva y levantó la vista. No sentí ninguna reacción al ver sus ojos de color marrón claro, tan parecidos a los míos, y sus labios, pintados a la perfección. En lugar de recuerdos y emociones, no había más que un gran agujero–. Fue una fractura bastante grave. Tuvieron que operarte. Casi nos morimos del susto.

–Estabas presumiendo en la barra de ejercicios –añadió de mala gana mi padre–. El profesor te decía que no intentaras el... ¿cómo se llamaba?

–El *flic flac* hacia atrás –dijo mi madre en voz baja, sin mirarlo.

–Eso. –Mi padre asintió–. Pero no le hiciste caso. –Me miró a los ojos–. ¿No te acuerdas de nada, cielo?

La opresión se extendió desde mi pecho hacia mi estómago.

–Quiero acordarme, de verdad, pero es que... –Se me quebró la voz. Solté la mano y me la puse en el pecho–. No me acuerdo.

Mi madre juntó las manos en el regazo con una sonrisa forzada.

–No pasa nada. El que estaba preocupadísimo era Scott. Tu hermano –añadió al ver mi cara de incompreensión–. Ahora está en casa.

¿Tenía un hermano?

–Todos tus amigos han colaborado en la búsqueda, pegando carteles y haciendo vigiliass con velas –prosiguió–. ¿Verdad, Steven?

Mi padre asintió, aunque se notaba que su cabeza estaba a mil kilómetros de allí.

–Del no vivía. Te ha buscado día y noche. –Mi madre se metió en el moño un mechón que se había soltado–. Quería venir, pero nos ha parecido mejor que se quedara.

Fruncí el ceño.

–¿Del?

Mi padre carraspeó, concentrándose en nosotras dos.

–Del Leonard. Tu novio, cielo.

–¿Mi novio?

Santo Dios... Padres, hermano... ¿y ahora un novio?

–Sí. –Mi madre asintió–. Salís juntos desde... Pues ya ni me acuerdo. En otoño tenéis pensado ir a Yale, como vuestros dos padres.

–Yale –susurré. Sabía lo que era–. Suena bien.

Mi madre lanzó una mirada suplicante a mi padre, que hizo ademán de levantarse, pero justo entonces entraron en la habitación dos policías. Mi madre se levantó, alisándose los pantalones.

–Ustedes dirán –dijo.

Reconocí al agente Rhode. El otro no me sonaba de nada. Normal. Se acercó y saludó a mis padres con la cabeza.

–Tenemos que hacerle unas preguntas a Samantha.

–¿Podrían esperar un poco? –preguntó mi padre mientras se ponía en pie de un salto. Tenía un aura inconfundible de autoridad–. Seguro que puede ser en otro momento.

El mayor de los dos policías sonrió de un modo tenso.

–Nos alegramos de que su hija esté sana y salva, pero por desgracia hay otra familia que aún espera noticias de la suya.

Yo me erguí un poco más, mirando a mis padres.

–¿Qué?

Mi madre se acercó y volvió a agarrarme de la mano.

–Se refieren a Cassie, cariño.

–¿Cassie?

Quiso sonreír, pero le salió algo más parecido a una mueca.

–Cassie Winchester es tu mejor amiga. Desaparecis-
teis juntas.

2

Cassie Winchester. Mejor amiga. Era un título importante pero, al igual que «madre» y «padre», no estaba vinculado a ningún recuerdo o emoción. Miré fijamente a los policías. Era consciente de que debería haber manifestado algún tipo de sentimiento, pero no conocía de nada a la tal Cassie.

El mayor de los agentes se presentó como el inspector Ramirez y empezó a hacer las mismas preguntas que todos.

—¿Sabes qué pasó?

—No.

Observé cómo entraba en mi mano el líquido del gotero.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —preguntó el agente Rhode.

Levanté la vista. Rhode, con las manos en la espalda, asintió al ver que lo miraba. Era una pregunta muy sencilla. Me habría encantado responder correctamente. Necesitaba hacerlo. Miré a mi madre. Su fachada de serenidad empezaba a derrumbarse. Le brillaban los ojos y le temblaba el labio inferior.

Mi padre carraspeó.

–¿Podrían dejarlo para otro momento, por favor? Lo ha pasado muy mal. Además, si supiera algo se lo contaría.

–Cualquier cosa –dijo el inspector Ramirez sin hacerle caso–. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Cerré mucho los ojos. Algún recuerdo tenía que haber. Sabía que había leído *Matar a un ruiseñor*. Lo más probable era que lo hubiese hecho en clase, aunque no visualizaba el colegio ni al profesor. Ni siquiera sabía a qué curso iba. Mal rollo.

El agente Rhode se acercó y se ganó una mirada de reproche de su compañero. Metió una mano en el bolsillo del pecho y sacó una foto para enseñármela. Era una chica. La verdad es que se parecía a mí, aunque no era tan pelirroja. Tenía el pelo más castaño y los ojos de un verde espectacular, mucho más bonitos que los míos. Aun así, podrían habernos tomado por hermanas.

–¿La reconoces?

Sacudí la cabeza, contrariada.

–No pasa nada. Ya nos ha dicho el médico que quizá tardes un poco en recuperar la memoria, y que cuando...

–¡Un momento! –exclamé inclinándome sin acordarme del maldito gotero, que estuvo a punto de soltarse–. Un momento, me acuerdo de algo.

Mi padre dio un paso, pero el inspector lo disuadió con un gesto.

–¿De qué te acuerdas?

Tragué saliva. De repente tenía la garganta seca. Aunque no fuera gran cosa, lo viví como un gran logro.

–Me acuerdo de unas piedras, unas rocas lisas. Y planas. De color arena.

También había sangre, aunque no lo dije porque no estaba segura de que fuera verdad.

Mis padres se miraron. El inspector Ramirez suspiró. Me desinflé. Obviamente, no servía de nada. El más joven de los policías me dio unas palmadas en el brazo.

–Tranquila, es muy útil, de verdad. Creemos que has estado en la Reserva Forestal Michaux, y eso encajaría con lo que dices.

Pero a mí no me pareció tan útil. Contemplé mis uñas sucias, deseosa de quedarme sola, pero los agentes siguieron hablando con mis padres como si yo no fuera capaz de entender lo que decían. El hecho de que Cassie siguiera desaparecida era grave. Eso lo capté. Por otra parte, sí que me afectaba. Habría querido ayudarlos a encontrarla, pero no sabía cómo hacerlo.

Los miré de reojo. El inspector Ramirez me observaba con una mirada penetrante, escrutadora, recelosa. Tuve un escalofrío. Aparté rápidamente la vista, con la sensación de merecer que me mirara así.

Como si fuera culpable de algo, de algo horrible.

Como el cosquilleo de unos bucles de miedo envueltos en perplejidad, eso fue lo que sentí cuando al día siguiente me sacaron del hospital los dos desconocidos..., perdón, mis padres. Me parecía increíble que las autoridades permitiesen que me fuera con ellos. ¿Y si no eran mis verdaderos padres? ¿Y si eran unos psicópatas que me estaban raptando?

Qué tonterías.

Como si una persona cualquiera pudiera responder sin motivo de una chica de diecisiete años... Esa era mi edad exacta. Lo había descubierto por la mañana, al espiar mi historial médico a los pies de la cama.

Desvié mis ojos hacia el abundante pelo oscuro de mi padre. Toda su persona tenía un aura de influencia que se transmitía a aquello que tocaba. No me hacía falta saber nada de él para darme cuenta de que era un hombre poderoso.

La carretera que llevaba a mi casa estaba rodeada de árboles altos y colinas verdes tan cuidadas como el campo de golf que había visto en la tele en mi habitación del hospital. Al llegar a lo alto de una cuesta vi un grupo de casitas de aspecto acogedor.

Las dejamos atrás... en nuestro Bentley.

Descubrí rápidamente que eran ricos, asquerosamente ricos. Lo curioso era no acordarse de nada pero saber reconocer el dinero a simple vista.

No paraba de frotar mi palma contra el cuero flexible. Seguro que era un coche nuevo, porque olía a recién salido de fábrica.

En ese momento vi nuestra casa. ¡Madre mía! Pero si era como un pequeño hotel... Una imponente construcción de cuatro o cinco plantas, con gruesas columnas de mármol en la fachada. El garaje situado a la izquierda tenía el mismo tamaño que cualquiera de las casitas que habíamos visto durante el trayecto.

—¿Esta es nuestra casa? ¿En serio? —pregunté cuando dimos la vuelta a una fuente un poco hortera, circundada de vegetación, en medio del camino de acceso que rodeaba el edificio.

Mamá se giró con una sonrisa forzada.

—Pues claro, cariño. Has vivido aquí toda la vida. Yo también. Era la casa de mis padres.

—¿Era? —pregunté por curiosidad.

–Ahora viven en Coral Gables. –Hizo una pausa para respirar–. Están en Florida, cariño. Esta es la finca de su familia.

Finca. Qué palabra más fina. Mi mirada se desvió de nuevo hacia mi padre, mientras caía en la cuenta de que mamá había dicho «su», no «nuestra».

Respiré hondo sin pensar más en el tema y volví a pegar la cara a la ventanilla. Dios mío... Yo vivía ahí. Cuando entré en el suntuoso vestíbulo y vi una lámpara de araña que debía de costar más que mi vida, de repente tuve ganas de no moverme. Todo estaba lleno de cosas caras. Cerca de la majestuosa escalera había una alfombra de aspecto mullido. Las paredes, de color crema, estaban decoradas con óleos de paisajes de otros países. Había tantas puertas, tantas habitaciones...

Mi respiración se había acelerado. No podía moverme.

Mi padre me puso una mano en el hombro y lo apretó con suavidad.

–No pasa nada, Sammy. Tú tranquila.

Miré fijamente la cara de aquel hombre a quien debería conocer. Sus ojos oscuros, su atractiva sonrisa, su mandíbula marcada... Nada. Mi padre era un desconocido.

–¿Dónde está mi habitación?

Bajó la mano.

–Joanna, ¿por qué no subes con ella?

Mi madre se acercó despacio, midiendo bien sus pasos, y rodeó mi brazo con una mano fresca. Mientras me llevaba a uno de los pisos de arriba habló de las personas que habían participado en mi búsqueda, entre ellas el alcalde, detalle al que por lo visto daba un gran valor. También el

governador había hecho saber a mi familia que rezaba por mí.

–¿El gobernador? –susurré.

Ella asintió, y una sonrisa separó un poco sus labios.

–Tu bisabuelo fue senador. El gobernador Anderson es amigo de la familia.

No supe qué contestar.

Mi dormitorio estaba en la segunda planta, al fondo de un pasillo largo iluminado con varios apliques. Mi madre se paró delante de una puerta con una pegatina donde se leía ¡OJO, QUE MUERDO!

Empecé a sonreír. Ella abrió la puerta y entró. Accedí con cautela a aquella habitación desconocida, que olía a melocotón. Solo di unos pasos.

–Te dejo sola unos minutos –dijo, y carraspeó–. Le he pedido a Scott que sacara algunos de tus anuarios del instituto. Están en el escritorio; puedes mirarlos cuando quieras. El doctor Weston ha dicho que podrían ser útiles.

Útiles para encontrar mi archivo de recuerdos. Asentí con la cabeza y apreté los labios mientras examinaba la habitación. Era grande, veinte veces más que la del hospital. En el centro había una cama perfectamente hecha, con un edredón de un blanco inmaculado, y encima de él varias almohadas con ribetes dorados sobre las que descansaba un oso de peluche marrón que parecía fuera de lugar en un cuarto tan refinado.

Mi madre carraspeó de nuevo. Me había olvidado de ella. Me giré y esperé. Su sonrisa era incómoda, como apenada.

–Si quieres algo estoy abajo.

–Vale.

Hizo un gesto seco con la cabeza y salió. Empecé a inspeccionar la habitación. Los anuarios estaban sobre el escritorio, pero los ignoré. Aún no estaba preparada para aquel extraño viaje por el baúl de los no recuerdos. Había un portátil Apple al lado de otros aparatos más pequeños; entre ellos reconocí un iPod. En la pared de enfrente del escritorio había un televisor de pantalla plana. Supuse que era al que correspondía el mando a distancia.

Me acerqué al armario y abrí las dos puertas. Era un vestidor. Una pequeña parte de mí mostró curiosidad. No me interesaba mucho la ropa. Eso lo sabía. De repente vi las estanterías del fondo y casi se me escapa un grito.

Los zapatos y los bolsos sí me interesaban.

¿Era parte de mí antiguo yo, o solo se debía a que era chica? Pasé los dedos por los vestidos sin estar segura. Todo parecía de calidad.

Al volver hacia la cama me di cuenta de que había un balcón y un baño con un gran surtido de productos que no vi el momento de probar. Cerca de la cama había un tablón de corcho lleno de fotos. Uf, tenía muchas amigas, y... vestían como yo. Inspeccioné el *collage* de fotos con mayor atención, frunciendo el ceño.

En una de ellas salían cinco chicas. Yo estaba en medio. Todas llevábamos el mismo vestido de tubo en colores distintos. Dios mío... ¿Vestidos a juego? Esboqué una sonrisa burlona mientras recorría las imágenes con la mirada. En otra aparecíamos dos chicas y yo en un campo de golf, sonrientes. En otra, el mismo grupo de la primera foto posaba en un embarcadero, frente a una barca llamada *Angel*, con bañadores verdaderamente escuetos. El mío era negro. Empezaba a ver una tendencia.

Me pasé las manos por las caderas y el vientre, satisfecha de descubrir que el cuerpo de la foto era realmente el mío. Había algunas fotos del colegio, y de varias de nosotras apiñadas alrededor de una mesa grande, rodeadas de chicos.

Yo salía siempre sonriente, pero era una sonrisa... rara. Me recordó las que había visto en el hospital. Como una sonrisa de muñeca, falsa, pintada. Al mismo tiempo, sin embargo, era también una sonrisa fría. Calculadora.

Y en todas las fotos estaba siempre al lado de la misma chica. En algunas nos pasábamos el brazo por la espalda o le hacíamos morritos a la cámara. Ella siempre iba de rojo. Rojo, como el color de la sangre derramada.

Sonreía como yo. Era la chica que me había enseñado el policía en el hospital. Tuve una sensación de ardor en el estómago. ¿Celos? ¿Tenía celos de ella? Eso no estaba bien. Era mi amiga; mi mejor amiga, si era cierto lo que me habían dicho.

Quería saber más cosas de ella.

Despegué con cuidado una foto del tablón donde salíamos las dos y la acerqué a mis ojos. Su sonrisa me produjo escalofríos. Mi mirada se escapó hacia arriba. La habitación se había quedado sin color. Ahora todo eran grises mates. Se me puso la carne de gallina. Qué frío. Aquí hace tanto frío, y está tan oscuro... Solo este ruido que entra y sale, entra y sale..., pensé.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza para quitarme de encima aquella sensación de humedad y tierra que se había apoderado de mí de repente. Después abrí los ojos con fuerza, y vi que los colores habían recuperado su intensidad. La mirada se me fue otra vez hacia las fotos prendidas del tablón. En ese momento se pusieron borrosas, y

hubo una especie de chispazo, de vislumbre. Una chica alta y rubia, con una gran sonrisa y un sombrero blando de color rojo, me tendía los brazos.

La imagen de la chica se borró como si no hubiera existido. Miré las fotos con perplejidad, esperando encontrarla. En mi cabeza apenas aparentaba unos diez años, pero en el tablón no había ninguna niña que se le pareciera, ni nadie similar de mayor edad. Retrocedí con los hombros encorvados. Me había llevado una decepción. Aquella chica sonriente tenía algo cálido y real que la diferenciaba de todas las demás. Me habría alegrado verla en mi mural de amistades.

–Mira quién ha vuelto.

Di un respingo, solté la foto y me giré temblando, desorientada por aquella voz grave.

En la puerta había un chico alto y delgado, con un pelo revuelto de color caoba bajo el que miraban unos ojos de un verde claro. Su expresión tenía algo de pícara, de extravagante. Me atreví a suponer que era mi hermano. Teníamos varios rasgos en común. Era... Scott. Éramos mellizos, o al menos eso me había dicho mi madre de camino a casa.

Eché la cabeza hacia atrás y me lanzó una mirada curiosa.

–Qué, ¿piensas dejarte de chorradas y confesar?

Empujé la foto debajo de la cama con los dedos de los pies y deslicé mis manos húmedas por las caderas.

–¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

Entró tranquilamente y se plantó a pocos metros de mí. Teníamos la misma estatura.

–¿Dónde has estado, Sam? Dime la verdad.

–No lo sé.

–¿No lo sabes? –Su risa llenó de arruguitas la piel que rodeaba sus ojos–. Venga ya. ¿En qué os habéis metido Cassie y tú esta vez?

–Cassie ha desaparecido –murmuré mirando el suelo. ¿La chica del tablón era Cassie? La verdad era que no se parecía a la de la fotografía que me había enseñado el policía. Me agaché para sacar la foto de debajo de la cama–. Esta es Cassie, ¿no?

Él la miró con el ceño fruncido.

–Sí, es Cassie.

La dejé rápidamente en la mesita de noche.

–No sé dónde está.

–Yo tengo mis teorías.

–¿Ah, sí? –pregunté balanceándome hacia atrás, con interés.

Scott se dejó caer en mi cama y se estiró perezosamente.

–Fijo que la has matado y has escondido el cadáver en algún sitio. –Se rio–. Es mi hipótesis principal.

Me quedé pálida y sin aliento. Él, que ya no sonreía, me observó.

–Eh, tía, que era broma.

–Ah...

Fue un alivio escuchar eso. Me senté al borde de la cama, mirándome las uñas rotas. De repente, todo se puso gris y blanco. El único color era el rojo vibrante y chillón de debajo de mis uñas. Quejidos en voz baja... Alguien lloraba.

Scott me asió del brazo.

–Eh, ¿estás bien?

Cuando parpadeé, la imagen y los sonidos se difuminaron. Metí las manos debajo de las piernas y asentí.

–Sí, estoy bien.

Scott se incorporó y me miró fijamente.

–Mierda. No estás fingiendo.

–¿Fingiendo? ¿El qué?

–Todo el rollo de la amnesia. Estaba convencido de que os habíais ido de juerga, os habíais pasado varios días colocadas y no podíais volver hasta que se os pasase.

Maldición.

–¿He hecho eso muchas veces? –quise saber. Scott soltó una carcajada.

–Pues sí. Qué raro... Está claro que no estás fingiendo.

–¿Cómo lo sabes? –pregunté, cada vez más desconcertada.

–Pues mira, para empezar, aún no me has echado a patadas de tu cuarto. Y tampoco me has amenazado con destrozarme la vida.

–¿Yo hago esas cosas?

Mí hermano se me quedó mirando con los ojos muy abiertos.

–Sí. A veces hasta me pegas. Una vez te la devolví y... la cosa no acabó muy bien. Papá se cabreó, y mamá estaba «mortificada».

Fruncí el ceño.

–¿Nos... pegamos?

Scott se echó hacia atrás, sacudiendo la cabeza.

–Caray, pues sí que es raro.

Mucho. Saqué las manos de debajo de las piernas y suspiré.

–Volviendo a lo de matar a Cassie y esconder el cadáver, ¿por qué lo decías?

–Era broma. Sois amigas del alma desde hace una eternidad. –Sonrió, burlón–. Bueno, desde hace un par de

años más bien *amienemigas*. Había una especie de rivalidad silenciosa entre las dos. Empezó en segundo, cuando tú fuiste la reina de la fiesta y ella la dama de honor. Al menos eso es lo que le cuentas a todo el mundo, aunque yo creo que viene de antes, de primero, cuando empezaste a salir con Del el Glande.

–¿Del *el Glande*? –Puse un mechón en su sitio–. Es mi novio.

–Es toda tu vida.

Híce una mueca, porque no me gustó cómo sonaba aquello.

–A él tampoco lo recuerdo.

–Pues va a ser un duro golpe para su confianza. –Scott sonrió, como si le gustara la frase–. ¿Sabes qué? Que quizá sea lo mejor que podía haber pasado.

–¿Que haya perdido la memoria y no sepa qué me ha pasado? –pregunté mientras se me encendía la rabia muy adentro, una rabia conocida y poderosa–. Ah, pues me alegro de que te guste tanto.

–No lo he dicho en ese sentido. –Scott se incorporó y me miró fijamente a los ojos–. Eras el terror de todos tus conocidos. Y esto... –Hizo un vago gesto con la mano–. Esto es una mejora.

La misma sensación repelente de antes volvió a retorcerme las entrañas. ¿Yo, un terror? Me mordí el labio, frustrada por el hecho de que no hubiera nada en mi cabeza que pudiera confirmar o desmentir las palabras de Scott.

Entonces, alguien carraspeó.

Nos giramos y... Madre mía. Sencillamente, madre mía. La mandíbula se me descolgó hasta la colcha. En la puerta del cuarto, de mi cuarto, había un chico, un chico

alto, con un pelo castaño oscuro que le caía en rizos sobre la frente y las orejas. Su piel morena, casi cetrina en comparación con mi tez blanca, parecía indicar una ascendencia india o hispana. Sus pómulos anchos le daban un aire exótico. Apretaba mucho una mandíbula marcada. Sus hombros y sus bíceps se abultaban bajo una camisa de manga larga. Tenía un cuerpo de deportista en estado puro, esbelto y musculoso al mismo tiempo.

De la punta de sus dedos colgaba, olvidada, una gorra de béisbol. Cuando nos miramos, sentí un alboroto en el pecho. Sus ojos eran de un azul intenso, magnético, como el del cielo justo antes de que termine el día y todo caiga en poder de la noche. El color del crepúsculo. Su expresión manifestaba un gran alivio, a la vez que un cansancio que no supe explicarme.

—¿Es mi novio? —susurré con una mezcla de esperanza y miedo.

Sí lo era, no tendría ni idea de qué hacer con él. Bueno, sí, de repente tenía muchos pensamientos relacionados con besos, caricias y todo tipo de cosas divertidas, pero era un chico tan... tan increíblemente guapo que me intimidaba un montón.

Scott se atragantó de risa.

El chico de la puerta nos miró, primero a Scott y luego a mí. Sentí calor en las mejillas. Sus ojos seguían expresando alivio. Mis labios dibujaron una sonrisa vacilante. Se alegraba de verme, pero... de pronto sus ojos eran como dos trozos de hielo.

—¿Novio? Sí, claro —dijo despacio y con voz grave—. Ni aunque me pagaras la matrícula en Penn State.

Me encogí, herida y avergonzada, y no pude evitar hacer la pregunta.

–¿Y por qué no?

Se me quedó mirando como si me saliera un brazo de la cabeza. Después se giró hacia mi hermano con las cejas en alto.

–Te espero fuera.

–Vale, Car, tío, ahora salgo.

–¿Se llama Car? –dije, cruzando los brazos.

El hombre coche se paró y volvió a girarse.

–Car, por Carson Ortiz.

Ah. Ahora me lo explicaba. Bajé los brazos, sintiéndome una tonta elevada a la novena potencia.

Carson entornó un poco los ojos.

–¿En serio que no sabe... nada?

–No –contestó Scott con los labios apretados.

El chico empezó a volverse, pero se paró otra vez. Murmuró algo mientras me miraba.

–Me alegro de que estés bien, Sam. –Y se fue sin darme tiempo a contestar. Yo me giré hacia Scott.

–No le caigo bien.

Scott me miró como si volviera a tener ganas de reírse.

–No mucho, no –admitió. Se me hizo un nudo extraño en el pecho.

–¿Por qué? –pregunté. Él bajó de la cama y suspiró.

–Él no te cae bien a ti.

¿Ah, no? Pues qué mal gusto... Estaba como para tener un hijo suyo. Fruncí el ceño. ¿Qué sabía yo de tener hijos?

–No lo entiendo.

–Te has portado bastante mal con él... desde hace un par de años.

–¿Por qué?

Supe, por su expresión, que Scott empezaba a cansarse de tanto porqué.

–Porque su padre trabaja en el servicio y a ti no te gusta mucho el servicio. Ni los hijos del servicio, ni nadie que trate con él, qué narices.

Dejé caer las manos en el regazo sin saber cómo reaccionar. Seguro que lo decía en broma.

–¿Tenemos servicio?

Mi hermano puso los ojos en blanco.

–Papá y mamá sí. Tiene gracia, porque mamá no ha trabajado ni un solo día en toda su vida. –Soltó una palabrota al ver mi expresión–. Jo, es como hablar con un bebé.

–Perdona. –Sentí un cosquilleo de rabia y dolor–. Si quieres ve a hablar con Car, que está claro que no tiene problemas de coeficiente intelectual.

Vi en sus ojos que estaba arrepentido. Volvió a suspirar.

–Oye, lo siento. Lo he dicho sin querer, pero es que es muy raro, Sam. Es como *La invasión de los ultracuerpos* o algo así.

Sí que era raro. Miré con nerviosismo, e incluso cierto miedo, la puerta vacía. De repente me había dado cuenta de que no quería que me dejaran sola.

–¿Adónde vais?

Scott se miró los pantalones de chándal con una ceja arqueada.

–Tenemos entrenamiento.

–¿Puedo ir?

Él puso cara de sorpresa.

–Pero si odias los partidos de béisbol... Solo vas por Del.

–¡No sé ni quién es Del! –Apreté los puños de impotencia–. No sé qué odio. Ni qué me gusta. Ni qué debería hacer o decir. No reconozco nada. Y por si fuera poco, ahora me entero de que parece que todo el mundo me odia, incluida mi mejor amiga, que desapareció cuando desaparecí yo, y ni siquiera me acuerdo de por qué. –Miré la habitación. Estaba a punto de echarme a llorar–. Y mi segundo nombre es Jo. ¿A quién se le ocurre ponerle a una hija de segundo nombre Jo?

Scott permaneció varios segundos sin decir nada. Después se arrodilló ante mí. Me resultaba raro mirar su cara y ver una versión más masculina y dura que la mía.

–Tranquila, Sam. Ya se arreglará.

Empezó a temblarme el labio inferior.

–Todos me decís lo mismo, pero ¿y si no se arregla?

No contestó.

Porque ni se había arreglado ni se arreglaría. Era prisionera de aquella vida que no recordaba. Me habían metido en el cuerpo de aquella chica, de aquella tal Samantha Jo Franco. Y cuantas más cosas sabía de ella, más la odiaba.